

económico de la humanidad debe ser el egoísmo hábilmente aprovechado mediante nuevos tipos de contratos financieros con bancos, empresas y, en general, con todos los individuos que componen la sociedad económica mundial.

En las partes tercera, cuarta y quinta, del libro, Agostino María Trucco expone su plan de reorganización económica internacional, del cual se habla en un artículo de este mismo número de la revista *Atenea*, de la *Separazione dell'economía* de Agostino María Trucco en su libro *La seperazione dell'ecollo stato* constituye acaso una de las Examinando muchos aspectos comerciales, financieros y económicos del plan de la *Hallesint*, el autor hace una exposición interesantísima de cómo ha llegado a concebir los medios técnicos-financiero con los cuales es posible llegar a una transformación profunda del mecanismo económico internacional.

La resonancia que las doctrinas de Agostino María Trucco ha tenido en Italia y en Francia, y sobre todo la seriedad y profundidad de sus argumentaciones, hacen de este libro una obra que debe ser conocida por todos los que quieren conocer las varias orientaciones de las ciencias económico-sociales de la época presente.—*Mario Antonioletti.*

CUENTOS.

CAMPESINOS, por *Luis Durand.*

Dos conceptos superficiales aparentan desvirtuar actualmente, el

concepto verdadero del criollismo. El uno es imaginársele como cosa intrascendente y llana, arte zafio y, a lo más, pintoresco: algo así como una vistosa manta colchagüina, o un abigarrado bonete maulino. El otro, es creerle ya consumado, agotado por los *pioners* de nuestro subsuelo literario: Baldomero Lillo, Latorre, etc. Esto, sería como creer que, broceados los filones de oro de una mina, no hubiera ya por ahí más minas, ni filones de oro . . .

El último cargo, por su índole supina, se deshace solo. Sobre el otro, conviene el querer insistir algún tanto. Considerar el criollismo como género fácil, inocente, es una inocente manera de considerarlo. Tanto, como si juzgáramos las matemáticas todas, por el valor elemental de las cuatro operaciones de la aritmética . . . El criollismo no se reduce sólo a interpretar más o menos exactamente el lenguaje y costumbres campesinos o populares. Ni es un arte descriptivo o narrativo solamente. Debe llegar hasta la psicología. Aun, hasta la *psicología* del ambiente.

Es la dificultad; el oculto tesoro. Aquí, en Campesinos, Durand nos ofrece uno, en metal de buena ley. No el metal en bruto, o limpiamente objetivo; sino metal laborado a conciencia, artísticamente, imantado con atracción de humanidad.

Ya en su Tierra de Pellines, el autor se revelaba como un justo observador, y como un emocionado pulsador, del agro chileno. Todo, en los cuentos de ese libro, tenía vida, hacía sentir *su vida*: hombres, cosas, paisaje. Aun recordamos: «Una pie-

dra, aburrida de estatismo, rebota contra los troncos, y su rodar es perseguido por un reguero de terrones y cascajos... Ahora, en Campesinos (1), afirma esas condiciones, insinúa otras, y, pese a algunos errores tipográficos o de corrección, y a algunas ligeras imperfecciones de forma, su estilo se mueve ya con más gallardía y espontánea malicia.

Tres cuentos, a nuestro juicio, sobre salen en méritos, en el presente volumen. El primero de ellos, *Remordimiento*, podríamos decir que es de forma; el otro, *Vino tinto*, de de análisis dramático; y *Cobardía*, el último, de ambiente. Un bello cuento de ambiente, es este último. Decimos de ambiente, porque creemos que éste es, precisamente, el verdadero sujeto del cuento, y que el autor, por modestia o por principios, desvió la *personalidad* preponderante de ese ascético ambiente de Aucó. Esa misma indecisión, esa cobardía de Rosendo Vidal, es debida, subjetivamente, a la imposición, a la sugestión austera del intangible personaje. Lo contrario nos sucede con *Remordimiento*. Quizá si por creer nosotros que la forma es el informulado *leit motiv* de este cuento, nos parezca que ella, a pesar de su evidente calidad, no alcanza su inconfesado propósito. El otro cuento, *Vino tinto*, es un gran cuento: un Gran vino. Con cierto gustillo añejo a Maupassant. ¡Lástima, ahora, que el autor no le haya filtrado cuidadosamente de algunos modismos y comparativos que sobrenadan, como partículas de

orujo, en su generoso líquido! Familiaridades del estilo...

«El estilo es el hombre». Así es, en realidad, este escritor. Gordo, campechano y bueno, como él, su estilo tiene abundancia sanguínea y efusiva. Por sus períodos carnosos circulan, claras, las ideas; y en sus diálogos parecen chispear sus ojillos miopes, tras los discretos lentes de la ingenua intención. Pero, bajo la gordura algo basta de Durand, hay una fina fibra de sensibilidad, que hieren románticamente subrepticias inquietudes: entonces, rojas o azules, florecen a menudo en sus relatos las bellas metáforas cordiales.

Cordiales. Porque, cierto es, quizá le falte a Durand un poquillo de metafísica, alguna sutil chispita cerebral; pero esto, precisamente, no es una falta; es una compensación: su exceso mismo de sensibilidad le impide, por ahora, análisis.

Por lo demás, hoy como ayer, el sentimiento es la parte primordial de toda obra de belleza, la santa levadura que le da vital sabor y alcanzamiento. Lo demás, el arte de ideas—ideas que el sentimiento fecunda—, es cosa de trabajo y de paciencia.—Guillermo Koenenkampff.

EPISTOLARIO

El Medina de Amunátegui.

Con motivo de la publicación de un interesante ensayo de Don Domingo Amunátegui Solar sobre la personalidad y la obra de Don José Toribio Medina, el señor Emilio Rodríguez Mendoza le ha

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1932.